

Intervención de Juan Vicente Herrera

Convención Nacional del Partido Popular en Valladolid

VALLADOLID, 31 de ENERO de 2014

Queridas amigas y amigos del Partido Popular de toda España: bienvenidos a Castilla y León. Es una gran alegría recibirlos estos días en Valladolid. Muchas gracias a la Dirección del Partido por haber decidido celebrar aquí esta Convención Nacional. Y también por darme ahora la oportunidad de compartir con vosotros unas reflexiones muy personales, que no tienen otro valor que el de mi compromiso sincero con el Partido.

Esta Convención va a tener lugar en un momento de especial trascendencia para España, dentro de la difícil y compleja situación que venimos atravesando. Con ella queremos reafirmar, sobre todo, nuestro compromiso con la sociedad española, que tanta confianza democrática tiene depositada en nosotros.

Este no es desde luego un tiempo para resignaciones ni lamentos. Pero tampoco lo es para falsos optimismos ni euforias. Este es un tiempo de respeto, de coraje, y de responsabilidad. De trabajo serio. Un tiempo para la esperanza. Y también para el realismo.

En el comienzo de 2014, y tras seis años de dura y profunda crisis económica y social, los españoles merecemos el derecho a la esperanza de que, de verdad, las cosas están mejorando. De que han desaparecido ya algunos de los enormes riesgos que nos amenazaban hace tan sólo un año. De que son cada vez más numerosos y firmes los datos y las previsiones que coinciden en hablar de recuperación, crecimiento y empleo. De que los efectos de esa mejoría ya se están trasladando a la vida cotidiana de todos. En fin, de que estamos “en la buena dirección”, como dice el mismo lema de esta Convención. Así tenemos que explicarlo y que defenderlo. Y es lo que vamos a hacer aquí.

Pero debemos hacerlo sin olvidar la realidad de los efectos más dramáticos de la crisis. Que son los que se reflejan en las personas. Y que nos obligan a ocuparnos de esa dimensión humana de la crisis que representan los casi 6 millones de compatriotas que, queriendo trabajar, no pueden hacerlo, 250.000 de los cuales viven en Castilla y León. O los que temen perder el trabajo que aún tienen. O los que ven con incertidumbre el futuro de otros bienes tan básicos como su hogar familiar, o incluso los

ahorros que creían seguros. O todos los que han visto naufragar su proyecto empresarial, o temen por él ante la falta del crédito necesario. Ofrecerles cercanía, atención, soluciones y alternativas sigue siendo también nuestra obligación. Y por eso hay que tenerles muy presentes en los debates y conclusiones de esta Convención.

Una perspectiva humana que debe situar a los jóvenes en el centro de nuestras preocupaciones. Ellos son el futuro, pero también son el presente. Una sociedad que quiera sobrevivir no puede permitirse su resignación, desafecto o exclusión. Tenemos las generaciones mejor preparadas de nuestra historia, pero que, por una cruel paradoja, sufren más dificultades que en otras épocas para lograr su presencia social. Sobre todo en un mercado de trabajo que no es capaz de acoger a la mitad de ellos. No podemos consentir que haya en España “generaciones perdidas”, entre la desesperanza o la emigración. Se necesita un gran esfuerzo para abrir la sociedad a los jóvenes. Para que se sientan parte activa de ella. Para devolverles confianza. Y con ella, más responsabilidad y participación en las mismas decisiones públicas. Este es uno de nuestros más importantes desafíos de futuro.

Como lo es también, pensando ya en la próxima generación, el llamado reto demográfico. Un enorme problema, más sensible en las Comunidades que históricamente hemos sufrido una mayor debilidad demográfica, pero que esta larga crisis ha extendido al conjunto de España en el último año, entre otras causas por la marcha de tantos inmigrantes que en su día habían encontrado entre nosotros acogida y oportunidades. Un problema que sin duda exige la adopción de una clara estrategia nacional, en la que participemos todos, vinculada a las políticas de la Unión Europea frente a un reto que le afecta tanto también.

Comprobamos así la gran complejidad de esta crisis. Y toda la razón que tiene el Presidente Rajoy cuando nos ha recordado que “salir de la recesión en modo alguno significa salir de la crisis”. Siendo positivo lo primero, no deja de ser un dato técnico y un paso previo. Lo trascendental, y por tanto lo que importa, es lo segundo. Y honestamente sólo podremos hablar de “salida de la crisis” cuando esa recuperación que apuntan ya muchos datos se traduzca en crecimiento sostenido y en creación de nuevo

empleo. Y aún así, habrá que seguir atendiendo a tantos y tantos a los que esta crisis ha marcado más profundamente, y colocado en situación de pobreza y en riesgo de exclusión.

Es verdad, y también tenemos el deber de decirlo y defenderlo, que para que ese crecimiento se produzca y se mantenga es condición necesaria culminar ahora el proceso de reformas y medidas que el Gobierno de la Nación ha puesto en marcha para remediar y corregir tantos despropósitos políticos y económicos de los anteriores gobernantes socialistas, los graves errores que habían cometido, y los enormes desequilibrios que habían provocado. Es sin duda una labor en la que debemos empeñarnos.

El Partido Popular de Castilla y León se siente una parte muy activa y corresponsable del gran esfuerzo reformista y de recuperación que nuestro Gobierno ha impulsado en estos dos años. Y por ello hemos tomado también muchas decisiones complejas en materia de ingresos, gastos y gestión en nuestras principales competencias autonómicas y municipales.

Es cierto que, por ejemplo desde la Junta, hemos disentido lealmente con el Gobierno sobre aspectos concretos de algunas de esas medidas sociales y económicas, cuando hemos creído que así lo exigía nuestro compromiso más directo con los castellanos y los leoneses. Y es que éstos nunca nos han votado para que nos limitemos a “poner la alfombra” al Gobierno de la Nación, como aquí sí han hecho los socialistas cada vez que ellos han gobernado en España. Y además, una de las cosas que más he agradecido siempre al Partido Popular en todos estos años es la oportunidad que me da para participar en nuestro gran proyecto nacional y constitucional, y al mismo tiempo contribuir a él trabajando y defendiendo los intereses más directos de mi tierra y de mis paisanos.

Mariano Rajoy y su Gobierno están demostrando un gran coraje y determinación. Adoptando medidas difíciles, duras, impopulares, de desgaste personal y político. Incluso en ocasiones muy distintas de las queridas e inicialmente previstas. Pero conscientes de que su deber

principal desde el primer momento era el de impulsar todas las reformas estratégicas que España estaba necesitando.

Reformas para que se vuelva a expresar la capacidad de iniciativa de la sociedad española. Para que se restablezca la confianza exterior en España. Para favorecer el emprendimiento y el empleo. Para sanear el sistema financiero. Para asegurar la estabilidad de las cuentas públicas. Para contar con un sistema fiscal que contribuya a ello, más justo y progresivo, y que combata el fraude. Para garantizar los servicios del Estado del Bienestar. Para hacer más eficiente el funcionamiento de todo lo público.

Una agenda reformista cuyos resultados positivos, siempre hay que reconocerlo con agradecimiento, serán sobre todo el fruto del gran esfuerzo y sacrificio que estamos pidiendo y está realizando toda la sociedad española. Sus familias. Sus jóvenes. Sus personas mayores y sus pensionistas. Sus empresarios. Sus trabajadores. Sus empleados públicos. Y también sus Administraciones. Entre las que, las Comunidades Autónomas venimos haciendo un doble esfuerzo para controlar nuestro gasto y nuestro déficit, y al mismo tiempo garantizar el futuro de los grandes servicios públicos que tenemos encomendados.

Queridas amigas y amigos: es evidente que la grave y larga crisis que España está sufriendo, sus dramáticos efectos, y los ajustes imprescindibles para hacerlos frente, componen por sí mismos una mezcla capaz de generar ese disgusto social que hoy existe, y que no podemos desconocer. Es verdad que los ciudadanos lo proyectan, no sólo contra los que hoy tenemos la difícil tarea de buscar soluciones, sino también y especialmente contra los que provocaron tanto daño con sus nefastas políticas. Pero eso no debe ser para nosotros ninguna excusa.

Si a ese disgusto se le unen algunos bochornosos casos de corrupción pública o privada y de enriquecimiento escandaloso, la mezcla se convierte casi en explosiva. Y produce, entre otras cosas, ese creciente descrédito de la política, de los políticos, y de nuestras instituciones, que también se puede percibir en los tiempos más recientes, y que nos concierne directamente como políticos y como Partido.

Dignificar la vocación y el trabajo político empieza por cada uno de nosotros. No podemos resignarnos, sino que debemos reaccionar, frente al resultado de esas encuestas que hoy nos señalan como uno de los principales problemas ciudadanos. Los problemas de la democracia se solucionan con más democracia, no a través de alternativas a ésta. Y menos aún si además incorporan alguna forma de coacción o violencia. Y en democracia, la política será siempre necesaria. Es insustituible. Especialmente en tiempos de dificultad.

Pero la sociedad hoy nos exige ser más transparentes, más modernos, más cercanos, más abiertos. Tener ilusión y capacidad de trabajo para contribuir a la solución de tantos problemas. Trabajar es el mensaje. Trabajar más. Con más coraje. Sin miedo al desgaste personal. Es nuestra obligación. Y también es la forma más directa y eficaz que cada uno de nosotros tiene para dignificar la política. Que es sobre todo una vocación noble de servicio cívico. En la que la conciencia y la prudencia deben ayudarnos a decidir en cada momento dónde y hasta cuándo podemos ser útiles. Evitando convertir este servicio en una mera profesión o en un medio de vida. Y menos aún en una forma de enriquecerse. Honestidad es también el mensaje.

Y nuestra casa en la política es el Partido Popular. Un gran proyecto que a lo largo de todos estos años ha sabido cohesionar, modernizar y articular la opción democrática del centro derecha en España, hasta convertirla en la principal fuerza política de la Nación, y ganar la confianza de la mayoría de los ciudadanos. Un Partido honesto. Lleno de personas honestas. Que se esfuerzan, sin duda con aciertos y con errores, en resolver los problemas reales de la gente, y en defender los intereses generales de todos.

Este es un enorme patrimonio político para todos nosotros, y en especial para quienes más directamente habéis contribuido a su creación y a su crecimiento. Y todos tenemos la responsabilidad de mantenerlo unido, fuerte, renovado, activo, y en apoyo de nuestro Presidente y del Gobierno de España. Es una lástima que los ruidos de esta semana hayan ocultado un poco la importante declaración que ha hecho un querido y respetado

compañero: “Quienes construimos el centro derecha desde el 82 no podemos estar hoy en procesos de fractura”.

Y el nuestro debe ser también un Partido vivo, atento siempre a las nuevas dinámicas sociales. Sin duda de esta crisis de confianza y de crédito de la política, y en los políticos, se va a salir con reformas valientes, que nos mejoren en el sentido que hoy nos está exigiendo la sociedad.

Desde luego, nuestras actuales normas y reglamentos internos deben defenderse y cumplirse, pues reflejan la voluntad de la mayoría en nuestros últimos Congresos. Y no deja de ser una extravagancia afirmar que nuestra Organización es como un cuento de “pastores, mastines y ovejas”, sobre todo si quien lo dice ahora ha sido “pastor” en este Partido durante los últimos 30 años.

Pero tenemos que avanzar. Porque sin duda afrontará el futuro con mayor posibilidad de éxito la organización que, sin esperar a otro momento más confortable, aborde con decisión medidas que hagan del ciudadano un protagonista más real de la política y de los Partidos. Favoreciendo la participación de los mejores. Vinculando de una forma más directa y personal a los cargos electos. Estableciendo una racional limitación de mandatos. O reforzando todos los elementos de control y transparencia. Creo que esta Convención es también un buen lugar para sugerir que el Partido no olvide trabajar en esa dirección, con la vista puesta en nuestros futuros Congresos.

Queridas amigas y amigos: en medio de este complicado escenario, las fuerzas nacionalistas de Cataluña, una Comunidad tan querida y admirable por tantas cosas, están forzando la tensión de su proyecto de autodeterminación y de independencia. Esto es, de ruptura de una Nación como España, con más de 5 siglos de vida. Y también del marco constitucional que nos viene garantizando el mayor periodo de convivencia, democracia y prosperidad de nuestra historia.

Naturalmente, esto es algo que nos afecta a todos. Y sobre lo que, por tanto, todos tenemos derecho a opinar y decidir. Se trata de un proyecto

muy perjudicial para el conjunto de España, pues nos hace perder un tiempo valiosísimo, nos divide, y nos genera incertidumbre en unos momentos en los que necesitamos más que nunca estabilidad, unión y esfuerzo compartido. Y desde luego también es una mala alternativa para Cataluña. Primero, por la ruptura de tantos vínculos personales, familiares y afectivos con el resto de España. Y segundo, por sus consecuencias económicas, financieras, comerciales y sociales, derivadas no sólo de su ruptura con España, sino también de su segura salida de la Unión Europea. Algo que los nacionalistas pretenden ocultar infantilmente, sustituyendo el discurso de la razón por el siempre más fácil recurso al sentimiento. Y evitando así de paso que la atención ciudadana se centre en una gestión manifiestamente mejorable.

El Gobierno de la Nación acierta al afirmar que la esencia de la democracia es el respeto a la Ley. Y que por ello la mejor respuesta a ese ilegal, antihistórico e imposible proyecto es, precisamente, seguir siendo muy firmes en la defensa de la Ley, del Estado de Derecho, y de la Constitución.

En particular, y por lo que se refiere al actual modelo territorial de España, frente a ese proyecto de ruptura, pero también frente a algunas propuestas de recentralización o de cambio impreciso que se plantean como alternativas, creo que desde el Partido Popular debemos seguir trabajando por ese autonomismo útil, leal, responsable y cooperativo que nuestra Constitución define, en el que muchos creemos, y que se ha venido demostrando como un buen modelo a lo largo ya de más de 30 años.

Un autonomismo que justifique día a día su propia existencia en el servicio real que presta a las personas y familias, a través del ejercicio más eficaz de las competencias y servicios que tiene encomendados, y no en una revisión permanente de títulos y hechos históricos, fronteras y banderas.

Ese autonomismo útil y responsable, a través del cual, por ejemplo, el Partido Popular ha logrado consolidar en Castilla y León, gobernando la Comunidad desde 1987, y con el protagonismo de unos magníficos

empleados públicos, una buena y potente red de servicios públicos. Con una educación que viene obteniendo los resultados más positivos en los sucesivos Informes PISA, tanto en calidad como en equidad. Con una sanidad que se encuentra entre las que mejor valoran los usuarios españoles. Y con unos servicios sociales avanzados y profesionalizados, que también se sitúan a la cabeza de España, como hoy mismo ha vuelto a reconocer en materia de dependencia un nuevo Dictamen de la Asociación de Gerentes y Directores de Servicios Sociales.

Pero apostar por el modelo autonómico que la Constitución define no significa en absoluto renunciar a mejorarlo, pues, por el contrario, siempre lo hemos entendido como un modelo dinámico. Por eso creo que su mejor defensa nos obliga también a ser proactivos. A desmentir a aquellos que, a falta de una alternativa seria y coherente, nos acusan a nosotros de inmovilismo.

Hoy más que nunca, y sobre todo si España recupera su crecimiento, deberíamos abordar con ganas algunos de esos “eternos debates” sobre aspectos en los que nuestro modelo territorial sin duda puede mejorar. En algunos casos, ello supondrá agotar todas las posibilidades que la propia Constitución ofrece: reforzar la cooperación horizontal entre Comunidades, y la vertical de éstas con el Estado; mejorar el uso de las Conferencias Sectoriales; potenciar los instrumentos de solidaridad; garantizar plenamente la unidad de mercado, entre otras. Pero tampoco deberíamos excluir de ese esfuerzo de mejora algunos ámbitos de reforma constitucional (el papel definitivo del Senado como Cámara Territorial directamente conectada con los Gobiernos y Parlamentos autonómicos; o una más exacta delimitación de las competencias), siempre que sea posible garantizar para esa reforma un respaldo político y social similar al que tuvo el texto vigente.

En este punto, otra reforma de gran relevancia anunciada por el Gobierno va a ser la de la financiación autonómica y la financiación local, que se vincula a la reforma fiscal también en marcha. La financiación local fue clamorosamente abandonada por el Gobierno socialista, a pesar de su compromiso expreso de reformarla. Y en cuanto a la autonómica, el sistema impuesto hace 5 años ha resultado fallido. Ha sido decreciente en solidaridad. Ha sido insuficiente incluso para asegurar los recursos

ordinarios de los grandes servicios de nuestra competencia (a los que dirigimos el 80% de nuestros presupuestos). Y nos ha condenado a un déficit crónico, que ahora estamos controlando gracias al ajuste del gasto, y también al esfuerzo del Gobierno para atender las necesidades financieras de las Comunidades, algo que no oculta sin embargo la necesidad de una nueva financiación.

Se trata sin duda de una reforma sensible y difícil. Para la que ya se ha puesto en marcha un Grupo de Trabajo, que va a evaluar el actual modelo, y que debe buscar una mejora para todos, que todos podamos apoyar. Desde Castilla y León defendemos que esa nueva financiación ajuste el peso de la población con otras variables, como el envejecimiento, la dispersión, la densidad o la extensión territorial, que incrementan notablemente el coste de la prestación de los servicios esenciales. Y que también tenga en cuenta el gasto que necesitan otros servicios, como las infraestructuras básicas: carreteras y otras, o la preservación del patrimonio artístico o el natural, cuya enorme dimensión aquí no es en absoluto proporcional a nuestra limitada población.

Sin duda, para toda esta tarea, para todos estos esfuerzos y reformas, los grandes acuerdos políticos y sociales serían hoy más imprescindibles que nunca. La sociedad exige y valora la cultura del diálogo, y la voluntad para tender puentes. Especialmente entre las fuerzas políticas y sociales más representativas. Algo sin embargo imposible cuando, como ocurre con el principal Partido de la oposición en el Parlamento Nacional, frente a cada proyecto o iniciativa la respuesta es casi siempre la amenaza de un recurso o el anuncio de una futura derogación.

El Partido Popular tiene clara la importancia de los acuerdos. Y así lo asume también cuando gobierna con mayorías. Por ello, en Castilla y León han sido posibles importantes acuerdos políticos y sociales incluso en tiempos tan complejos como los actuales. Los hemos alcanzado en las grandes cuestiones de Comunidad (reforma estatutaria, ordenación del territorio, futuro de la PAC, reforma del modelo de financiación). Y también en el ámbito del Diálogo Social y las políticas económicas y de empleo (más de 50 acuerdos en los últimos 12 años, el último esta misma semana).

Permitidme que reitere hoy mi orgullo por ello, y mi agradecimiento a todos los que han participado en esos esfuerzos comunes.

Queridas amigas y amigos: voy terminando. Nos encontramos en el ecuador de la Legislatura nacional. En el último año completo de las locales y buena parte de las autonómicas. Y dentro de cuatro meses se celebrarán unas importantes Elecciones Europeas, en las que vamos a decidir la Europa que queremos. Y que también debemos ganar para consolidar nuestros proyectos para España.

Europa significa mucho para nosotros. Ha sido una oportunidad que hemos sabido aprovechar. Un factor de modernización y de progreso. Gracias al cual, por ejemplo, una Comunidad como Castilla y León ha logrado converger 30 puntos con las medias de riqueza de la Unión desde 1986. Un avance para el que han sido decisivos los importantes Fondos europeos recibidos.

Hoy seguimos necesitando esos fondos. Que ahora apoyan sobre todo la mejor cualificación de nuestras personas, y la mayor competitividad de nuestra economía. Para acceder a ellos hay que tener más imaginación y proactividad. Hay que colaborar con otros para generar proyectos atractivos, como estamos haciendo con esa Comunidad amiga y vecina que es Galicia y otras dos regiones portuguesas. Y hay que contar también con el Estado para ir de la mano en la defensa de los intereses comunes.

A este respecto, quiero volver a reconocer el esfuerzo desarrollado por nuestro Gobierno, y en particular por el Presidente Rajoy, en la todavía reciente negociación de la nueva financiación europea, que va a permitir que España hasta 2020 siga siendo receptora neta de recursos.

Desde una Comunidad para la que la agricultura y la ganadería tienen tanta importancia, valoramos en especial que una de las más firmes prioridades de ese esfuerzo haya sido precisamente el mantenimiento de los fondos destinados a la PAC. Lo que nos va a permitir en los próximos años seguir impulsando el crecimiento de este sector estratégico. Su modernización y desarrollo. El apoyo preferente a nuestros agricultores y

ganaderos profesionales. El mayor relevo generacional. Y la fortaleza de nuestra industria agroalimentaria.

A lo largo de estos últimos años, las instituciones europeas han asumido un mayor protagonismo. Sus decisiones afectan a la vida real de los ciudadanos. Y pese a todas las dudas y retrasos, su intervención está resultando clave para afrontar la actual crisis.

Ahora son muy importantes nuestros objetivos para ese nuevo tiempo de Europa. Se concretarán en un Programa, en el que van a tener cabida los proyectos de más interés para cada Comunidad. Por nuestra parte, y entre otros, no queremos que falten los relacionados con la formación y el empleo de los jóvenes. Con el reto demográfico citado. Con nuestra mayor competitividad. O con la necesidad de contar con una política energética más estable que, entre otras cosas, cambie una actual normativa europea incoherente e incomprensible, que quiere incluso obligar a que se cierren en 2018 nuestras explotaciones mineras rentables, sin ofrecer ninguna alternativa razonable e inmediata para las zonas que viven de ellas.

Las Elecciones Europeas son ahora nuestro gran reto como Partido. Debemos abordarlas desde nuestras fortalezas. Que en el caso de Castilla y León están sobre todo en su territorio. En nuestra amplia presencia local. Y sé muy bien lo que digo.

Desde 1987 los castellanos y los leoneses nos vienen confiando el Gobierno de esta Comunidad. Pero al mismo tiempo también vienen eligiendo miles de Concejales y Alcaldes entre nuestros candidatos. Alcaldes y Concejales que velan permanentemente por el interés general de sus pueblos y sus ciudades. Cuya presencia y trabajo no tiene, en la inmensa mayoría de los casos, ningún especial reconocimiento ni retribución, pero es la mejor garantía de atención al ciudadano y del normal funcionamiento de los servicios públicos esenciales en miles de pueblos y entidades locales.

Esta realidad justifica todo el trabajo crítico y constructivo que desde aquí hemos desarrollado en torno a la Reforma Local que acaba de

aprobarse. Una Reforma cuya aplicación en Castilla y León hay que hacer ahora compatible con un modelo propio de ordenación, ajustado a las características especiales del territorio, que garantice también a los habitantes del medio rural el acceso a unos servicios esenciales de calidad. Y que preserve para ello el activo papel que nuestros Alcaldes y Concejales desempeñan.

Ellos son también los amigos, compañeros y activistas a los que recurrimos cuando se pone a plena marcha el Partido Popular de Castilla y León. Y gracias a los cuales ha sido imbatible en todo este tiempo. Hoy volvemos a necesitar su concurso. Y el de todos nuestros afiliados, simpatizantes y votantes. En unos momentos tan difíciles. Pero también tan cargados de esperanza.

Deseo que esta Convención sirva de estímulo para todos. La tarea es enorme, pero merece la pena: que España y los españoles recuperemos la buena dirección hacia un mejor futuro. Os reitero mi más cordial bienvenida. Y os doy las gracias por vuestra paciencia y atención.